

Buenas noches, señoras y señores.

Hoy es 23 de febrero. Hace exactamente 30 años, en España y en el Palacio del Congreso, se pretendía investir como nuevo presidente del Gobierno a Leopoldo Calvo Sotelo, después de la dimisión de Adolfo Suárez. Se trataba de ejecutar un trámite normal en cualquier democracia, y que debería haberlo sido también en la nuestra, tras casi cuatro años de parlamentos democráticos y poco más de dos años de funcionamiento de la Constitución del 78, la del consenso, la que no se hizo por los unos contra los otros; la que se planteó para dar cierre y solución al endémico problema de la falta de entendimiento entre dos Españas que precisaban con urgencia ser sólo una.

Esa tarde irrumpieron en el Congreso quienes no entendían que los españoles anhelaban dejar atrás los tiempos de la discordia y del odio. Que la gente, como proclamaba la canción de Jarcha, sólo quería “vivir su vida, sin más mentiras, y en paz”.

Estuvimos en vilo. Y en vela. Esa noche sólo nos fuimos a dormir cuando S. M. el Rey apareció en televisión y se reafirmó en su vocación de ser rey de todos los españoles y en su voluntad de caminar hacia el futuro por los senderos de la democracia. No podía ser de otra manera. Esa fue, también, la noche en que S. A. R. el Príncipe de Asturias pudo conocer lo difícil del oficio de ser Rey y fue testigo de las entretelas de la historia.

Si aquél golpe hubiese triunfado, nada sería como es. Hoy no podríamos estar aquí, hablando todos de todo lo que nos parece oportuno, criticando lo que tenemos por conveniente, opinando con libertad.

Hoy, en esta mesa, estamos sentados gentes de toda ideología y condición. Y lo hacemos con normalidad, sin que el color de nuestros carnés o el devenir de nuestro pensamiento nos impidan anteponer nuestra condición de personas, de ciudadanos, y ejercer el contraste de pareceres con respeto y tranquilidad.

Hoy podemos hacer esto porque, felizmente, S. M. el Rey echó la última paletada sobre la fosa de la que algunos querían desenterrar al siglo XIX.

Celebremos esta efeméride de la mejor manera posible: viviendo la normalidad, ejerciendo el pluralismo y con la satisfacción de poder contrastar aquí nuestras opiniones sin censuras ni admoniciones, sin temores y sin inquinas, al modo en que se hace en cualquier país democrático de nuestro entorno.